

PAUSANIAS EL REGENTE Y LA *STÁSIS* EN LA CLASE DIRIGENTE ESPARTIATA TRAS LAS GUERRAS MÉDICAS*

César Fornis

Universidad de Sevilla

Apenas consumada en 479 la expulsión de los persas de la Grecia continental, las relaciones entre Esparta, líder de los griegos no medizantes en virtud de su demostrada competencia en el combate hoplítico, y Atenas, nueva potencia emergente con una poderosa flota construida para luchar contra el «bárbaro», comenzaron a deteriorarse y con el tiempo entrarán en una fase de hostilidad y recelo mutuo que inevitablemente conducirá al estallido de las dos guerras del Peloponeso. A estos desarrollos geoestratégicos de amplio espectro no fueron ajenos, naturalmente, los cambios y tensiones que se estaban produciendo en la política interna de ambas *póleis* y que en el caso de Esparta condujeron a una virtual *stásis* o conflicto en el seno de la clase dirigente espartiatá durante los años siguientes al final de las guerras médicas. Es el objetivo del presente trabajo abordar dicha *stásis* y el papel nuclear que en la misma desempeñó Pausanias, regente de Plistarco dentro de la casa agiada –de ahí que sea conocido como Pausanias el Regente– y comandante en jefe de los griegos (στρατηγὸς τῶν ἑλλήνων) en la victoria definitiva sobre los persas en Platea.

Pese a las disensiones surgidas con motivo de la reconstrucción de las murallas de Atenas, que contravenían el deseo espartano de que las ciudades al norte del istmo de Corinto quedasen sin fortificar para que futuros invasores no pudieran

* Este artículo se integra en el marco del proyecto de investigación HAR2015-63549-P, del Ministerio de Economía y Competitividad.

servirse de ellas –como Mardonio había hecho con Tebas– pero que finalmente fueron llevadas a término gracias a la astucia de Temístocles (Th. I, 90, 3-93), espartanos y atenienses todavía colaboraron en la campaña que en 478 Pausanias el Regente dirigió con la pretensión de liberar poblaciones griegas sometidas a los persas. Después de arrancar gran parte de Chipre del yugo persa, navegaron hacia el Helesponto, donde conquistaron el estratégico enclave de Bizancio (Th. I, 94). Con anterioridad, a finales del verano de 479, Leotíquidas y los aliados peloponésicos se habían retirado y habían dejado que los atenienses a las órdenes de Jantipo, padre de Pericles, asediaran y tomaran Sesto, en la península tracia del Quersoneso, cuya posesión era vital para el control de la ruta al mar Negro, de donde Atenas importaba la mayor parte del grano que precisaba para alimentar a su numerosa población (Hdt. IX, 114-121; en Th. I, 89, 2 y D.S. XI, 37, 4-5, que relatan el mismo episodio, los atenienses contaron con la ayuda de los jonios).

La diferente actitud de los diarcas espartanos en el ejercicio del mando militar es un reflejo de la disparidad de criterios y la lucha de poder entablada en el seno de la clase dirigente espartiatá, principalmente entre quienes como Pausanias defendían una activa presencia de Esparta en el Egeo en calidad de *hegemón* de todos los griegos y quienes propugnaban el retorno a la situación previa al conflicto con el medo, cuando la preocupación prioritaria era conservar la estabilidad interna dentro de Laconia –vigilantes ante la potencial, y a veces real, amenaza hilita (según Pl. *Lg.* 692D y 698E, una revuelta de hilotas mesenios activa en 490 fue la responsable de que los espartanos no estuvieran presentes en Maratón)¹– y

¹ Heródoto (VI, 106, 3 y 120), sin embargo, explica la demora por una razón muy diferente, de índole religiosa: la celebración de las sagradas fiestas Carneas, que no finalizaban hasta el plenilunio. Los estudiosos partidarios de la llamada «hipótesis Riano» defienden que la guerra de Aristómenes relatada por Pausanias, que algunos rechazan como pura fabulación –sobre todo la parte que se basa en Riano de Bene–, fue ciertamente una revuelta mesenia, pero en realidad tuvo lugar a comienzos del siglo V, como demostraría el testimonio platónico, y no en la segunda mitad del siglo VII (cf. *inter alia* F. Kiechle, *Messenische Studien. Untersuchungen zur Geschichte der Messenischen Kriege und der Auswanderung der Messenier*, Kallmünz, 1959, 82-130; G.L. Huxley, *Early Sparta*, London, 1962, 87-96; G.L. Cawkwell, «Sparta and her allies in the sixth century», *CQ* 43, 1993, 369; *contra* L.R. Shero, «Aristomenes the Messenian», *TAPhA* 49, 1938, 513-514; H.T. Wade-Gery, «The `Rhianos-Hypothesis´», en E. Badian (ed.), *Ancient Societies and Institutions. Studies Presented to Victor Ehrenberg*, Oxford, 1966, 289-302; D. Ogden, *Aristomenes of Messene. Legends of Sparta's Nemesis*, Swansea, 2004, 129-189).

circunscribir la política imperialista a las fronteras peloponésicas, ámbito «natural» de actuación de la liga del Peloponeso.

En Bizancio germinará el segundo punto de tensión entre atenienses y espartanos, con graves consecuencias sobre la estabilidad interna del estado lacedemonio. Los habitantes de la ciudad denunciaron ante Atenas que Pausanias era βίαιος (violento) y se comportaba despóticamente, como un tirano, habiendo abandonado la tradicional austeridad espartana para adoptar el lujo y el aparato de las costumbres persas. El asunto se agravó al existir sospechas de que el Regente había llegado más lejos y conspiraba con el Gran Rey para esclavizar Grecia. El descontento generalizado de los aliados, particularmente de los griegos de Jonia (sobre el comportamiento del Regente con los jonios abunda en detalles Plu. *Arist.* 23), se traducirá en una petición formal a Atenas, a la que se sentían más unidos por parentesco (συγγένεια), para que asuma la hegemonía, un hecho que cristalizará en el nacimiento de la liga ático-délica (Th. I, 95, 1)².

Por su parte, los éforos reclamaron la presencia de Pausanias en Esparta, donde será juzgado por traición; aunque absuelto de esta acusación, se le impondrá una multa por su arbitrario uso del poder ante los bizantinos (Th. I, 95, 3-5). Después del juicio, continúa Tucídides, Pausanias se apodera de un trirreme en Hermíone con el que, a título privado y sin aparente conocimiento de los éforos o la *Gerousía*, regresa a Bizancio para reanudar tanto sus contactos con el Gran Rey como su estilo de vida oriental; expulsado de allí por los atenienses, marchará a Colonas, en la Tróade, desde donde los éforos le ordenan regresar nuevamente. El cargo de medismo habría adquirido más consistencia al conocerse que, durante su primera estancia en Bizancio, Pausanias devolvió a Jerjes los prisioneros persas capturados en esta ciudad –haciendo creer a los aliados que se habían fugado–, así como el contenido de una carta en la que el primero pedía en matrimonio a la hija del segundo y expresaba su voluntad de poner Esparta y toda Grecia a los pies del Gran Rey, a lo que éste contestó agradecido que pondría los medios económicos y militares necesarios para ello (según Hdt. V, 32, Pausanias se habría comprometido con la hija del sátrapa Megabates, primo de Darío); examinándose su conducta pasada, se recordó asimismo que sobre el trípode de oro dedicado en Delfos tras la batalla de Platea hizo inscribir un dístico elegíaco (*Ant. Palat.* VI,

² Véase M. Steinbrecher, *Der delisch-attische Seebund und die athenisch-spartanischen Beziehungen in der Kimonische Ära (ca. 478/7-462/1)*, Stuttgart, 1985 sobre la formación de esta confederación y las relaciones entre atenienses y lacedemonios durante sus primeros años de existencia.

197 lo atribuye a Simónides) que describe su comandancia sobre los griegos con el término ἀρχηγός (caudillo, fundador), aunque tal demostración de *hýbris* fue borrada por los lacedemonios inmediatamente (o quizá a su muerte, como indican la Suda π 820A y Aristodem. *FGrH* 104F1.4.1) y sustituida por los nombres de las ciudades que contribuyeron a la victoria (Th. I, 132, 2-3; III, 57, 2; D. LIX, 97-98; Arist. *Pol.* 1307a1-5; Nep. *Paus.* 1.3-4; D.S. XI, 33, 2; Plu. *Mor.* 873C-D; cf. Hdt. IX, 81, 1; Paus. X, 13, 9); por si fuera poco, el mensajero que hacía de intermediario con la corte persa, consciente de que ninguno de sus predecesores había regresado, abre la carta y, tras leer su sentencia de muerte, delata a Pausanias a los éforos, quienes no convencidos del todo utilizan a este hombre de confianza del Regente para tenderle una trampa y sonsacarle la verdad mientras ellos escuchan tras un muro. A la acusación de medismo vendría a sumarse, además, la de fomentar la rebelión entre los hilotas, a los que se decía habría prometido no solo la libertad, sino también la ciudadanía.

Advertido de su inminente detención por uno de los éforos, Pausanias buscó asilo en el templo de Atenea Calcíeco, en la acrópolis espartana, cuya entrada los éforos mandaron tapiar a fin de dejarle perecer por inanición (D.S. XI, 45, 6, Nep. *Paus.* 5.3, Suda π 820A y Aristodem. *FGrH* 104F1.8.1 acentúan al dramatismo haciendo poner el primer ladrillo a la madre del Regente). Poco antes de morir, se le sacó del templo con el fin de no incurrir en profanación y contraer mancha o impureza, el temido *miasma*. Aunque tentados de arrojar el cuerpo por la sima de los *Apothétai* (Depósitos), como se hace con los criminales y los recién nacidos declarados no aptos, los éforos decidieron enterrarlo en un lugar cercano, pero un oráculo emanado de Delfos obligó a trasladar la tumba al sitio exacto donde había muerto, a la entrada del santuario de Atenea, y a compensar a la diosa con dos cuerpos por el sacrilegio cometido, en cuya sustitución se consagraron dos estatuas de bronce (así fue vista por Paus. III, 17, 7 en el siglo II de nuestra era; según Plu. *Mor.* 560E-F, el fantasma de Pausanias se aparecía a los espartanos). De esta forma concluye el excursus de Tucídides (I, 128-134). Otras fuentes contemporáneas o posteriores no añaden detalles sustanciales a su relato e inciden en la transformación moral del personaje, que pasa de benefactor de Grecia a dejarse ganar por el lujo y el autoritarismo propios de quienes ha vencido (Hdt. V, 32; VIII, 3, 2; D.S. XI, 44-46; Iust. II, 15, 14-16; Dem. LIX, 97; Lycurg. *Leocr.* 128-129; Nep. *Paus.* 2-5; Plu. *Arist.* 23 y *Mor.* 308B; Arist. *Pol.* 1307a1-5 pone el foco en el conflicto entre los intereses individuales y los de la polis).

Si bien ha habido investigadores que, con o sin matices, han dado crédito a las

imputaciones contra Pausanias³, la mayoría han expresado unas razonables dudas acerca de su culpabilidad y más de uno le reserva incluso el calificativo de «chivo expiatorio»⁴. El problema es que nuestra información para acercarnos al Pausanias histórico descansa fundamentalmente en el testimonio de Tucídides, cuya autoridad es apenas discutible para la guerra del Peloponeso, pero que en esta ocasión escribe medio siglo después de los hechos. Su digresión sobre Pausanias, extrañamente prolija para la parquedad con que Tucídides aborda el período precedente a la conflagración que concentra su interés y con un cierto regusto folletinesco, herodoteo⁵, responde a una tradición deformada, minuciosamente entretejida, que emanaba de los medios oficiales espartanos y que pretendía justificar, con pruebas

³ A. Blamire, «Pausanias and Persia», *GRBS* 11, 1970, 295-305 y A.J. Podlecki, «Themistocles and Pausanias», *RFIC* 104, 1976, 293-311 aceptan la tradición tucidéa, el primero casi como un dogma, el segundo con dudas sobre las «pruebas»; F. Bourriot, «Pausanias, fils de Cléombrotos, vainqueur de Platées», *L'Information Historique* 44, 1982, 1-16 piensa que en verdad pretendió erigirse en un *roitelet*, un reyezuelo del Helesponto con el respaldo persa; según G.G. Giorgini, «The Riddle of Pausanias: Unraveling Thucydides' Account», *RSA* 94, 2004, 181-206, pactó con los persas para que éstos afianzaran la hegemonía espartana continental a cambio de renunciar a Jonia; para M.D. Demir, «Pausanias' Actions in Byzantium after the Victory at Plataea: Reconsideration (478-469 B.C.)», *Athenaeum* 97, 2009, 59-68 buscó el apoyo persa para mantener el control de Bizancio ante el intento ateniense de lograr la supremacía en la ciudad y, por extensión, en Grecia.

⁴ J. Wolski, «Pausanias et le problème de la politique spartiate (480-470)», *Eos* 47, 1954, 75-94; A. Lippold, «Pausanias von Sparta und die Perser», *RhM* 108, 1965, 320-341; C.W. Fornara, «Some Aspects of the Career of Pausanias of Sparta», *Historia* 15, 1966, 257-271; M. Lang, «Scapegoat Pausanias», *CJ* 63, 1967, 79-85; P.J. Rhodes, «Thucydides on Pausanias and Themistocles», *Historia* 19, 1970, 387-400; D. Lotze, «Selbstbewusstsein und Machtpolitik: Bemerkungen zur macht-politischen Interpretation spartanischen Verhaltens in den Jahren 479-477 v. Chr.», *Klio* 52, 1970, 255-275; J.F. Lazenby, «Pausanias Son of Kleombrotos», *Hermes* 103, 1975, 235-251; C. Romano, «I rapporti tra Sparta e la Persia nel V sec. Il caso di Pausania», *Studi di Antichità* 8, 1995, 91-100; M. Nafissi, «Pausania, il vincitore de Platea», en C. Bearzot y F. Landucci (a.c.), *Contro le 'leggi immutabili'. Gli Spartani fra tradizione e innovazione*, CISA 2, Milano, 2004, 53-90; *Id.*, «Tucidide, Erodoto e la tradizione su Pausania nel V secolo», *RSA* 34, 2004, 147-180; M. Lupi, «Sparta and the Persian Wars, 499-478», en A. Powell (ed.), *A Companion to Sparta*, Oxford, e.p.

⁵ Rhodes, *op. cit.*, 400; H.D. Westlake, «Thucydides on Pausanias and Themistocles. A Written Source?», *CQ* 27, 1977, 95; P.A. Cartledge, *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B.C.*, London-Boston-Henley, 1979, 212.

«fabricadas», la condena a muerte de un *pródikos* (regente), un *basileús* en la práctica, y nada menos que el vencedor de Platea⁶.

Dado el secretismo imperante en todo lo concerniente al régimen y sociedad lacedemonios (Th. V, 68, 2), resulta poco menos que imposible que sin el consentimiento y el aliento de la cúpula dirigente espartiatia hubiera trascendido una historia tan pormenorizada, con detalles sumamente elaborados, como la correspondencia personal de Pausanias con Jerjes –totalmente ficticia si tenemos en cuenta que Tucídides dice que las cartas fueron descubiertas «más tarde» y que el Regente no pasó en Bizancio el tiempo suficiente como para mantener un carteo regular con Susa, en cuyo viaje un mensajero emplea varios meses–, otros claramente novelescos, como el emisario que porta su propia condena a muerte o la conversación en la que el mismo Pausanias se delata, escuchada por los éforos desde una estancia contigua construida para la ocasión. A decir verdad, por dos veces Tucídides emplea la locución «se dice» (λέγεται), con lo que revela cierta incredulidad respecto a determinados elementos de la historia. Tampoco Heródoto (V, 32), normalmente menos exigente que el historiador ático en la recopilación de datos, oculta su escepticismo –acota «si es que realmente es cierto lo que se cuenta»– ante la conducta posterior de quien ha retratado como un héroe que encarna los más altos valores e ideales helenos. Por otra parte, en el poeta rodio Timocreonte (fr. 1 Page), contemporáneo de las guerras médicas, palpita el eco de una tradición diferente, favorable a Pausanias, que es anterior a la sistematizada desde la oligarquía espartana y que ha dejado su huella en Plutarco (*Them.* 21.3-4).

Entre las oscuridades que entraña el relato tucidídeo de la caída de Pausanias, la principal atañe sin duda a la naturaleza de sus actividades «privadas» tras retornar a Bizancio, si es que eran tales. En este sentido, el supuesto uso por el Regente de la escítala (*skytále*), el bastón cilíndrico que era a la vez un símbolo de autoridad y un mecanismo para escritura criptográfica a través del cual los comandantes espartanos en campaña se comunicaban con los éforos, dio pie a pensar que seguía investido de los poderes reales y que estaba en misión oficial y quizá secreta⁷;

⁶ Nafissi, *op. cit.* (*Tucidide...*); Westlake, *op. cit.*, sugiere que Tucídides hizo uso, con excesiva credulidad, de una fuente escrita, quizá Carón de Lámpsaco.

⁷ U. Kahrstedt, «Sparta und Persien in der Pentekontaetie», *Hermes* 56, 1921, 323-324 y Lang, *op. cit.*, 83-84 pensaron por ejemplo que Pausanias negociaba en secreto un tratado con Persia frente a la emergente amenaza ateniense; según Lazenby, *op. cit.*, 237-243, intentaba ganar para la «causa griega» al sátrapa Megabates aprovechando las disturbios que vivía el imperio persa, como una vía para restablecer su propia influencia y, por extensión,

sin embargo, recientes trabajos han puesto de manifiesto que la utilización de la escítala como medio de comunicación criptográfico, tal y como es descrito por Plutarco (*Lys.* 19.8-12), no es anterior al siglo III a.C. y, por lo tanto, parece claro que Tucídides (I, 131, 1) se refiere aquí a ella como signo del carácter oficial que reviste el mensajero que le transmite la orden de los éforos de regresar inmediatamente a Esparta⁸. Por otro lado, como ha expresado Caterina Romano, «la dinámica de los acontecimientos nos lleva a pensar que no hubo relación o contactos entre Esparta y Persia sin conocimiento de los aliados»⁹.

En cuanto a la cronología de estos hechos, es extraordinariamente resbaladiza y no hay forma de saber qué tiempo permaneció Pausanias en Bizancio hasta su expulsión por los atenienses: en su *Epítome a la Historias Filípicas de Pompeyo Trogo*, Justino (IX, 1, 3) habla de siete años, pero su testimonio es habitualmente rechazado¹⁰, no solo porque parece demasiado tiempo, sino porque hace de Bizancio una fundación (*condita*) del Regente, como si de un reino del Bósforo se tratara, siempre y cuando no confunda *condita* con *capta*, «capturada», según piensan algunos. La horquilla de datación propuesta por los modernos para ese segundo viaje de Pausanias a Bizancio es amplia y va desde el año 478/7¹¹ al 471/0¹². También ignoramos cuándo se le juzgó en Esparta y, por supuesto, la fecha precisa de su muerte, que aconteció presumiblemente entre 470 y 466, con posterioridad al ostracismo de Temístocles en 471/0 y con anterioridad a la subida al trono persa de Artajerjes en 465/4¹³.

Descartada pues la misión oficial, sigue siendo una incógnita la razón y los objetivos del retorno de Pausanias a Bizancio. Lo más probable es que el Regente buscara de alguna forma recuperar su prestigio e influencia, la gloria pasada de

la de Esparta al frente de los aliados; cf. Wolski, *op. cit.*, 88-89, Fornara, *op. cit.*, 261-262 y M. Sordi, «Atene e Sparta dalle guerre persiane alle 462/1», *Aevum* 50, 1976, 31, para quienes «alguna relación con Esparta debe haber mantenido»; para Romano, *op. cit.*, 94-95 tenía el apoyo de «personajes influyentes, pero no del gobierno».

⁸ Véase Nafissi, *op. cit. (Pausania...)*, 76 n. 78, con la bibliografía relevante.

⁹ Romano, *op. cit.*, 96.

¹⁰ Son excepciones R. Meiggs, *The Athenian Empire*, London, 1972, 466-467, Sordi, *op. cit.*, 31 y, últimamente, Demir, *op. cit.*, 65-66.

¹¹ Meiggs, *op. cit.*, 40.

¹² Sordi, *op. cit.*, 31-32.

¹³ El debate cronológico sobre todas las fases de la carrera de Pausanias es acogido en M.E. White, «Some Agiad Dates: Pausanias and his Sons», *JHS* 84, 1964, 140-152, quien se inclina por 467/6 como el año de su muerte.

Platea, para así propiciar un giro político en Esparta que trajera de vuelta los principios del imperialismo que él parece encarnar¹⁴; desde una lectura más panhelenista se ha dicho que quizá se sintiera heredero de Leónidas e, impulsado por valores como el honor y la venganza, ambos emparentados en la tradición homérica y de inspiración agonial, procurara a toda costa continuar liderando a los griegos contra el «bárbaro» y vengar de paso la muerte del héroe de las Termópilas¹⁵. Menos plausibles, por anacrónicas, resultan las ya mencionadas hipótesis sobre los tratos con Persia para convertirse en un *princeps* de los Estrechos o para contrarrestar la creciente pujanza ateniense en la región¹⁶, una situación que no parece haberse planteado en aquellos momentos, sino tras la construcción de la *arché* ateniense. Otros estudiosos hablan de «iniciativas o ambiciones personales» que nunca son definidas¹⁷. Lo que sí resulta claro en todo caso es que la actividad de Pausanias, revestida adecuadamente de los rasgos de despotismo y prepotencia que adornan la imagen del *týrannos* griego –que no puede descartarse que oculten una impotencia o un inconformismo, violento incluso, ante el hecho de tener que dejar vía libre al liderazgo ateniense–, fue presentada como el intento de instaurar un dominio territorial en el Bósforo de carácter autocrático.

En definitiva, todo parece apuntar a que Pausanias fue víctima de la intensa lucha interna entablada en el seno de la elite espartiatia en el período subsiguiente a las guerras médicas. Adoptada la decisión de ceder la hegemonía marítima en beneficio de preservar la estabilidad social y económica del Estado, cuya piedra angular era el hilotismo, los oligarcas optaron por eliminar del espectro político al Regente, vórtice de la facción defensora de un expansionismo a ultranza que entrañaba riesgos para dicha estabilidad¹⁸. De esta manera, sus enemigos aprovecharon que tras la expulsión del «bárbaro» la sensibilidad de la opinión pública hizo del cargo de *medismós* una dúctil y poderosa arma en manos de las clases

¹⁴ Lazenby, *op. cit.*; Cartledge, *op. cit.*, 212.

¹⁵ Es la propuesta de Nafissi, *op. cit.* (*Pausania...*), 62-71.

¹⁶ Blamire, *op. cit.*; Bourriot, *op. cit.*; Giorgini, *op. cit.*; Demir, *op. cit.*

¹⁷ Como Romano, *op. cit.*, 96-97.

¹⁸ En palabras de A. Andrewes, «Spartan Imperialism?», en P.D.A. Garnsey y C.R. Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, 1978, 95, «los grandes propietarios de tierras en Esparta no deseaban sacrificar su modo de vida ante el esfuerzo que exigía el imperialismo al que los abocaba Pausanias». Wolski, *op. cit.* y P. Oliva, *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, 1983 (= 1971), 152 ciñen el asunto a lo que consideran el endémico conflicto entre reyes y éforos.

gobernantes contra individuos y estados ajenos o peligrosos para sus intereses, a los que se quería desacreditar –Temístocles es un obvio paralelo en Atenas y, de hecho, Tucídides (I, 135-138) vincula ambos episodios al relatar las cuitas de éste a continuación de las de Pausanias–, para esgrimirla contra el vencedor de Platea y que fuera aceptada sin demasiados paliativos¹⁹.

Con todo, sacar adelante el proceso judicial contra Pausanias no fue fácil. La absolución primero, la meticulosa acumulación de pruebas después, y, finalmente, el aviso de uno de los éforos, partidario suyo, para que huyera, avalan la presunción de que Pausanias gozaba todavía de simpatías y apoyos tanto en Esparta como en Asia Menor. Quizá por este motivo se recurrió a otra imputación que tocaba más directamente a los espartanos, es decir, para consumo interno del cuerpo cívico, la de conspirar con los hilotas y prometerles la ciudadanía²⁰. En realidad, filomedismo y filohilotismo pueden ser dos caras de un mismo fenómeno, convertido en *tópos* literario, en la medida en que los tiranos suelen ser orientalizantes y «populistas»²¹.

Muy posiblemente dio pie a esta última acusación la agitación hilita de esos momentos, entre 469 y 467, que presagia la masiva revuelta de 464 conocida también como tercera guerra mesenia, pues Tucídides (I, 128, 1) y Eliano (VH. VI, 7) afirman que los espartanos creyeron que el gran terremoto de ese año, detonante de dicha rebelión, fue enviado por Posidón como castigo por haber dado muerte a hilotas que se habían refugiado en el promontorio del Ténaro –en el extremo sur del macizo montañoso del Taigeto, donde según Pausanias (III, 25, 4-5) se encuentra una famosa cueva-santuario del dios, considerada la entrada al Hades–, un asilo sagrado que ocupa un lugar relevante no solo dentro del culto a Posidón en calidad de protector de los dependientes, sino en el conjunto del imaginario mítico heleno y en el mundo de las colonizaciones²².

¹⁹ Lazenby, *op. cit.*; Nafissi, *op. cit. (Pausania...)*; Lupi, *op. cit.*

²⁰ A. Roobaert, «Le danger hilité?», *Ktèma* 2, 1977, 145; Cartledge, *op. cit.*, 213-214; J. Ducat, *Les Hilotes*, BCH Suppl. XX, Paris, 1990, 130. Lazenby, *op. cit.*, 246-247, 250 y J. Wolski, «Les hilotas et la question de Pausanias, régent de Sparte», en M. Capozza (a.c.), *Schiavitù, manomissione e classi dipendenti nel mondo antico*, Roma, 1979, 7-33 piensan que quizá Pausanias se adelantó a su tiempo y vio el potencial aprovechamiento militar de los hilotas liberados; también Bourriot, *op. cit.*, 14 cree que Pausanias intentó servirse de los hilotas, aunque en este caso para sus fines de instaurar un «principado» en los Estrechos.

²¹ Nafissi, *op. cit. (Tucidide...)*, 168-171.

²² Véase D. Plácido, «Los lugares sagrados de los hilotas», en J. Annequin y M.

El otro rey, Leotíquidas II, no tuvo mejor suerte. Acusado de dejarse sobornar por los poderosos y ricos Aleúadas durante la conducción de una expedición a Tesalia que tenía como objetivo castigar a las ciudades medizantes –aparentemente fue sorprendido con las manos en la masa, sentado encima de una bolsa llena de dinero–, fue juzgado en 476 y condenado al exilio, que pasaría en Tegea hasta su muerte en 469 (Hdt. VI, 72, según el cual el diarca recibía así el castigo por su comportamiento en el destronamiento de Demarato; en Paus. III, 7, 9-10 Leotíquidas se exilia voluntariamente; D.S. XI, 48, 2 incurre en uno de sus frecuentes errores cronológicos). Sin embargo, Plutarco (*Mor.* 859D) recoge una tradición distinta de la herodotea, más favorable a Leotíquidas, en la que además de no haber rastro de la acusación de corrupción ni del juicio se añaden detalles de una campaña tesalia que tendría tintes de triunfal, pues el rey espartano depuso a los dinastas Aristomedes y Agelao. Casualmente la política de Leotíquidas parecía tender también a la expansión, esta vez por el continente, a costa de estados que, como los de Grecia central, colaboraron de grado o por fuerza con los persas. Cabe recordar que, según Heródoto (IX, 106, 2), el Euripóntida llegó a proponer que los jonios se trasladaran en masa al continente y ocuparan las tierras de los que habían medizado. En todo caso, Leotíquidas era sabedor, como Pausanias, de que la guerra era campo privilegiado para que un *basileús* destacase, adquiriera renombre y acrecentara su poder, de tal modo que, si Esparta continuaba desplegando una activa política exterior, los diarcas tenían garantizada la dirección de las campañas militares y la *basileía* heraclida se vería notablemente reforzada en Esparta. No deja de resultar paradójico que ambos *basileús*, saludados como salvadores de los griegos, acabaran sus días deshonorados y proscritos en la memoria colectiva espartana.

A modo de conclusión podríamos decir que la *stásis* instalada en la clase dirigente espartiatá como consecuencia del «uso» que había de darse a la victoria en las guerras médicas²³ se resolvió con el triunfo de las fuerzas centrípetas sobre las centrífugas, de la colectividad sobre el individualismo y de la autoridad oli-

Garrido-Hory (eds.), *Religion et anthropologie de l'esclavage et des formes de dépendance, Actes du XXème colloque du GIREA (Besançon, 4-6 novembre 1993)*, Paris, 1994, 127-135. El mismo Ténaro, actual cabo Matapán, se convertirá desde el siglo IV a.C. en el principal lugar de reclutamiento de mercenarios del Peloponeso y uno de los más importantes de todo el Mediterráneo oriental, una función que no deja de estar relacionada con la anterior en cuanto que los soldados de fortuna proceden de la marginación.

²³ Cf. Lupi, *op. cit.*

gárquica –encarnada por éforos y *gérontes*– sobre la real, todo lo cual contrasta con el período inmediatamente anterior, dominado por la fuerte personalidad y el imperialismo descarado del rey Cleómenes I. Frente a la política expansiva de Atenas, en Esparta acabó por imponerse la facción que propugnaba refugiarse en una política «aislacionista» determinada casi en exclusividad por su posición hegemónica en la liga del Peloponeso. Tucídides (I, 95, 7) dice que los lacedemonios temían que quienes salieran de Esparta se corrompieran –como le habría sucedido a Pausanias– y deseaban además liberarse de la guerra contra el medo, considerando que los atenienses, entonces amigos, estaban capacitados para el mando. La decisión final no fue aceptada sin resistencia. El regusto amargo que la pérdida de la hegemonía marítima dejó en una parte del cuerpo cívico, sobre todo entre los más jóvenes, se percibe en la reunión de la *Apélla* que según Diodoro (XI, 50), nuestra única fuente, debatió, quizá en 475²⁴, si debía declararse la guerra a los atenienses y seguir así el oráculo que recomendaba que Esparta «cuidara de no tener una hegemonía coja»; cuando la mayoría de los *hómoioi* parecía inclinarse a favor de la propuesta, la voz de Hetemáridas, miembro de la *Gerousía*, de linaje real y sin duda representante de los intereses de los grandes terratenientes, se alzó en contra y deparó un cambio de actitud que reafirmó los presupuestos de una política continental²⁵. Parecía resolverse, o cuando menos aplazarse, el conflicto interno en torno al alcance de la política exterior espartana –y a fin de cuentas sobre el imperialismo, aunque este término no fuera conocido por los antiguos–, un conflicto que condicionó dicha política, haciéndola variable y en ocasiones contradictoria²⁶.

Recibido: 3/10/2014

Aceptado: 7/11/2014

²⁴ Como con el Siciliota pocas veces hay seguridad cronológica, distintos estudiosos han planteado otras posibilidades en un arco que va del año 478/7 al 471/0.

²⁵ Para el choque entre facciones a propósito de este episodio, véase sobre todo R. Vattuone, «Hetoimaridas: note di politica interna a Sparta in età classica», en C. Bearzot y F. Landucci (a.c.), «*Partiti*» e *fazioni nell'esperienza politica greca*, CISA 6, Milano, 2008, 131-152; cf. también Sordi, *op. cit.*, 28-32, quien vincula el episodio al de la expulsión de Pausanias de Bizancio y data ambos en 471/0.

²⁶ Sobre esta dicotomía: A. Roobaert, *Isolationnisme et imperialisme Spartiates de 520 à 469 avant J.-C.*, Louvain, 1985; R.G. Gioiosa, «Erodoto e le scelte di Sparta: ricostruzione delle dinamiche della politica interna lacedemone fra 560 e 479 a.C.», *MediterrAnt* 10, 2007, 345-384.

Pausanias el Regente y la *stásis* en la clase dirigente espartíata tras las guerras médicas

RESUMEN: En este artículo abordamos la *stásis* o conflicto que vivió la clase dirigente espartíata en los años que siguieron a la victoria en las guerras médicas, concretada ante todo en una pugna entre los partidarios de un imperialismo a ultranza, encarnado por Pausanias el Regente y el rey Leotíquidas II, y los que propugnaban un imperialismo moderado, ceñido a la península del Peloponeso y más atento al peligro hilita, que tuvo a uno de sus portavoces en Hetemáridas. El triunfo final de estos últimos significó la eliminación de la escena política de Pausanias y Leotíquidas, legitimada por una propaganda oficial que los presentó como corruptos y apóstatas de las costumbres y valores licurgeois.

PALABRAS CLAVE: Esparta, Pausanias el Regente, *stásis*, imperialismo, política interna.

Pausanias de Regent and the *stasis* within the Spartiate ruling class after the Persian Wars

ABSTRACT: This article deals with the *stasis* or conflict within the Spartiate ruling class in the years following the victory in the Persian Wars, materialized primarily in a clash between supporters of extreme imperialism, embodied by Regent Pausanias and King Leotychidas II, and those who advocated moderate imperialism, restricted to the Peloponnese peninsula and more attentive to the helotic danger, which had one of its spokesmen in Hetoimaridas. The final triumph of the latter group meant the elimination of the political scene of Pausanias and Leotychidas, legitimized by official propaganda that presented them as corrupts and apostates of the Licurgean customs and values.

KEYWORDS: Sparta, Pausanias the Regent, *stasis*, imperialism, domestic politics.